

En general, cualquiera que sea la forma de las comedias, ya alegre, ya seria, puede estimarse siempre por una señal de los progresos de la sociedad en su civilizacion, cuando estas representaciones teatrales, dirigidas á divertir al público, estan exentas de groserias y obscenidades, y no tienen tendencia inmoral. Aunque las licenciosas chocarrerías de Aristófanés entretuviesen á los griegos por algun tiempo, fueron estos tomando por grados un gusto mas puro y correcto; y se puede decir, que entre nosotros va haciendo los mismos progresos el gusto, al ver que el público recibe favorablemente composiciones dramáticas del mismo tono y espíritu, que las que divertian á los griegos y á los romanos en tiempos de Menandro y de Terencio.

TRATADO

DEL SUBLIME

POR CASIO LONGINO.

TRADUCIDO AL FRANCÉS POR MR. BOILEAU,
Y AL ESPAÑOL POR DON AGUSTIN GARCIA
ARRIETA, TRADUCTOR DE LOS PRINCIPIOS
DE LITERATURA DE MR. BATTEUX.

TRATADO

DE LA BELLEZA DE LA ELOCUCION
Y DE LAS VARIAS BELLEZAS DE LA ELOCUCION
TRADUCIDO AL ESPAÑOL POR DON AGUSTIN GARCIA
ARRIETA TRADUCTOR DE LOS PRIMITIVOS
EN LONDRES EN LA IMPRENTA DE MR. BATHURST

Después de haberse ocupado el lector de la profunda metafísica con que Hugo Blair descubre las fuentes de las varias bellezas con que el hombre puede transmitir á los demas sus pensamientos por medio de la elocucion, no podrá parecerle inoportuna, sino por el contrario, muy apreciable la lectura del opúsculo de Casio Longino sobre el sublime. Por esta palabra entiendo [segun se explica en el capítulo I] lo que constituye la suprema perfeccion y excelencia del discurso, ó como dice su traductor Boileau, lo maravilloso del discurso ó de la expresion, ó sea lo que da golpe y llama la atencion, haciendo que una obra admire, arrebathe, suspenda y enagene al lector; de manera que el sublime de que trata Longino [como dice el traductor de Batteux] no solo puede hallarse en el estilo de ese nombre ó grandioso, sino tambien en el florido, en el grave y austero, y en el sencillo, pues que en cada una de estas especies caben expresiones ó modos de decir que arrebaten, suspendan y maravillen; y concluye diciendo, que si le es lícito aventurar una congetura, él juzga que el sublime, hablando de estilo, no es la especie que llaman así los oradores, sino lo mejor, lo mas acabado, perfecto y mejor dicho en cada especie de estilo, ó en otros términos: la perfeccion en cada género ó modo de decir y expresar una idea.

Al desempeñar su asunto Longino no se contentó, como Aristóteles y Hermógenes, con dar preceptos áridos y desnudos de todo adorno, ni quiso tampoco incurrir en el defecto que él mismo nota en Cecilio, de quien dice que escribió del sublime en estilo bajo; sino que al mismo tiempo que habla de las bellezas de la elocucion, emplea todas las finuras de ella: muchas veces al enseñar la figura la usa, y siempre habla del sublime con grande sublimidad, pero con tal arte y oportunidad, que no hay un solo pasage donde se le pueda molejar que traspasa los límites de un estilo rigurosamente didáctico. Esto ha grangeado á su tratado la alta reputacion que goza entre los sabios, quienes le miran como uno de los mas preciosos restos de la antigüedad sobre Retórica.

TRATADO

DEL SUBLIME

POR CASIO LONGINO.

CAPITULO I.

Que sirve de prefacio á todo el tratado.

Bien sabes, mi estimado Posthumio Terenciano, que cuando leimos juntos el tratadito que Cecilio hizo sobre *el sublime*, notamos que la bajeza de su estilo no correspondia á la dignidad del asunto, que omitia los principales puntos de este, y en una palabra, que la tal obra no podía ser muy útil á los lectores, cuando la utilidad debe ser el principal objeto de todo escritor. Ademas, cuando se trata de un arte, se deben procurar dos cosas; primera, hacer bien perceptible su objeto; segunda (que yo juzgo la principal) demostrar por qué medios se puede adquirir lo que se enseña. Cecilio se dedicó demasiado á una de estas dos cosas, pues hace todos sus esfuerzos para demostrar con una infinidad de palabras qué es lo que se llama *grande* y *sublime*, como si fuera un punto muy ignorado; mas nada habla de los medios que pueden conducir al espíritu á lo grande y lo sublime. Todo esto lo omito como si fuera una cosa absolutamente inútil. Sin embargo de esto, no es acaso tan reprehensible el autor por sus faltas, como loable por su trabajo y por su designio de obrar bien. Mas supuesto que quieres que

yo tambien escriba sobre *el sublime*, veamos si he hecho alguna observacion juiciosa en el asunto, y útil en algun modo á los oradores. Mas es con la condicion de que hemos de examinar juntos y con exactitud mi obra, y me has de decir tu parecer con la sinceridad de amigo. Porque, como dice muy bien un sabio (Pitágoras): „si tenemos algun camino por donde llegar á hacernos semejantes á los dioses, es el de hacer bien y decir la verdad.”

Por lo demas, como es á ti á quien escribo, es decir, á un hombre instruido en las bellas letras, no me detendré sobre muchos puntos que me hubiera sido necesario establecer ántes de entrar en materia, para hacer ver que *el sublime* es en efecto lo que constituye la suprema perfeccion y excelencia del discurso; que á él deben los grandes poetas y los mas famosos escritores el haber sido coronados con el premio, y haber llenado á toda la posteridad de la fama de su gloria.

Porque el sublime no persuade, propiamente hablando, sino que arrebatada, trasporta y produce en nosotros cierta admiracion mezclada de asombro y de sorpresa, que se diferencia enteramente del mero agradar ó persuadir. En órden á la persuasion podemos decir: que por lo comun no tiene mas poder sobre nosotros que el que nosotros queremos. No así el sublime, pues da al razonamiento cierto noble vigor, una fuerza invencible que arrebatada el alma de cualquiera que nos oiga. No basta un pasage ó dos de una obra para hacernos conocer la destreza, la invencion, la belleza de la economia y de la disposicion: dificilmente se deja conocer esta exactitud aun en toda la serie de un discurso; mas cuando llega á brillar el sublime donde es necesario, todo lo trastorna como el rayo, y presenta desde luego todas las fuerzas reunidas del orador. Pe-

ro lo que digo, y cuanto pudiera decir á este tenor, será muy inútil para tí que sabes estas cosas por esperiencia, y que en caso necesario podias darme lecciones sobre el asunto.

CAPITULO II.

¿Si hay un arte particular del sublime? y de los tres vicios que se oponen á él.

Es necesario ver desde luego si hay un arte particular del sublime, porque algunos juzgan que es un error reducirle á arte y dar preceptos de él. El sublime, dicen, nace con nosotros, no se aprende: el único arte para poseerle, es haber nacido dotados de él. Y aun, segun estos pretenden, hay obras que solo la naturaleza debe producir; y la sujecion de los precepto no hace mas que debilitarlas y comunicarles cierta aridez que las hace secas y descarnadas. Mas yo sostengo que, bien miradas las cosas, se verá todo lo contrario.

Porque, si va á decir verdad, aunque la naturaleza nunca se muestre mas libre que en los discursos sublimes y patéticos, sin embargo, es fácil conocer que no es absolutamente enemiga del arte y de las reglas. Confieso que en todas nuestras producciones se la debe suponer como basa, principio y fundamento; mas tambien es cierto que nuestro espíritu necesita un método para aprender á no decir sino lo que se debe y en su lugar correspondiente, y que este método puede contribuir mucho para que adquiramos el perfecto hábito del sublime. Porque así como las naves corren riesgo de naufragar cuando se las abandona á su sola ligereza, ó no se las sabe cargar y echar el lastre correspondiente, así tambien el sublime, si se le abandona á

la sola impetuosidad de un natural ignorante y temerario. Por lo comun nuestro espíritu necesita no ménos de brida que de espuela. Demóstenes dice en cierto parage: „que el mayor bien que puede sucedernos en la vida, es *ser felices*; pero que hay asimismo otro, no menor, y sin el cual no podrá subsistir el primero, que es, *saberse conducir con prudencia*.” Otro tanto podemos decir en órden al discurso. La naturaleza es lo mas necesario que hay para llegar á lo grande; mas si el arte no se encarga de dirigirla, es como un ciego que no sabe por donde ni hácia donde va.....

Tales son estos pensamientos: *los torrentes remolinados de llamas, vomitar contra el cielo, hacer á Bóreas su flautero*, y todos los demas modos de hablar de que abunda esta pieza, los cuales no son grandes ni trágicos, sino hinchados y extravagantes. Todas estas frases embrolladas con vanas imágenes, mas bien confunden y estropean un discurso, que le elevan: de suerte que, miradas de cerca y á buena luz, lo que al principio parecia tan terrible, luego parece una necedad y una ridiculez. Porque si en la tragedia, que es de suyo pomposa y magnífica, es un vicio inflarse fuera de propósito, con mayor razon debe esto reprobarse en el discurso ordinario. De aquí es que todos se han burlado de Gorgias por haber llamado á Xerxes *el Júpiter de las persas*, y á los buitres *sepulturas animadas*. Ni ménos se ha guardado indulgencia con Calístenes, que en ciertos pasages de sus escritos se eleva fuera de propósito, y es tan altisonante y esquisito, que se le pierde de vista. Mas entre todos yo no hallo otro mas hinchado que Clitarco; todo es en él aire y ojarasca. Parece un hombre que (para usar de las palabras de Sófocles) *abre una gran boca para tocar un flautin*. El mismo juicio se debe formar de

Amphicrato, de Hegesias y de Matris. Estos, imaginándose á veces poseidos de un entusiasmo y furor divino, en vez de tronar, como ellos piensan, no hacen mas que balbucir y jugar como niños.

Y á la verdad, en materia de elocuencia, nada es mas difícil que evitar la hinchazon y la ojarasca. Porque como en todas las cosas buscamos naturalmente lo grande, y lo que mas tememos es ser censurados de áridos ó débiles, sucede, no sé como, que la mayor parte de los escritores caen en este vicio, fundados en la máxima comun

de que en las nobles empresas hasta la caída es noble.

Sin embargo, es muy cierto que la inchazon no es ménos viciosa en el discurso que en el cuerpo humano. Solo tiene un exterior y una apariencia engañosa; mas por adentro está hueca, vacía, y hace á veces un efecto enteramente contrario á lo grande. Porque, como se ha dicho muy bien, *no hay cosa mas seca que un hidrópico*. Por lo demas, el defecto del estilo hinchado es querer exceder á lo grande: al contrario del pueril, que es lo mas bajo, pequeño y opuesto á la nobleza del discurso.

¿Qué es pues, la puerilidad? No es visiblemente otra cosa que un pensamiento de escolar, que por demasiado esquisito, viene á ser frio: es el vicio en que caen los que siempre quieren decir alguna cosa extraordinaria y brillante, y sobre todo los que cuidan mucho de lo halagüeño y agradable; porque al fin, por adherirse demasiado al estilo figurado, dan en una necia afectacion.

Hay ademas un tercer defecto opuesto á lo grande, que pertenece á lo patético. Teodoro le llama *furor inoportuno*, que es cuando un escritor ú orador se inflama inoportunamente y se arrebatada con

exceso, no permitiendo el asunto inflamarse sino moderadamente. En efecto, se ve muy á menudo oradores que, como si estuviesen embriagados, se dejan arrebatar de pasiones que no convienen á su asunto, pero que son propias de ellos y las han traído de la escuela; mas como no estan movidos de lo que dicen, se hacen al fin odiosos é insoportables; porque esto sucede por necesidad á los que se arrebatan y debaten fuera de propósito delante de personas que no estan absolutamente penetradas ni movidas. Mas en otro lugar hablaremos de lo perteneciente á las pasiones.

CAPITULO III.

Del estilo frio.

Por lo que hace á lo *frio y pueril*, de que hablamos, abunda de ello Timeo. Este autor, muy hábil por otra parte, no deja de ser á veces grande y sublime: sabe mucho, y dice asimismo las cosas con buen sentido; pero es naturalmente propenso á tomar los vicios de los otros, aunque ciego por sus propios defectos; y ademas es tan amigo de ostentar nuevos pensamientos, que esto le hace caer muchas veces en la mayor puerilidad. Me contentaré con poner aquí uno ó dos ejemplos que lo comprueben, porque Cecilio ha citado ya un gran número de ellos. *Tardó, dice, ménos tiempo en conquistar toda el Asia, que Isócrates en componer su Panegírico.* ¡He aquí, sin mentir, una admirable comparacion de Alejandro con Isócrates! Por esta razon se inferirá, ó Timeo, que los lacedemonios deben ceder la palma á Isócrates, puesto que aquellos tardaron treinta años en tomar á Mecina, y este solo gastó diez en componer su panegírico. A propósito de los atenienses

que estaban prisioneros de guerra en la Sicilia, ¿de qué exclamacion te parece que se sirve? Dice, que era un castigo del cielo por su impiedad para con el dios Hermes ó Mercurio, y por haber mutilado sus estatuas; en vista de que habia en el ejército enemigo un gefe que llevaba, de padre á hijo, el nombre de Hermes, que era Hermócrates, hijo de Hermon. En verdad, querido Terenciano, me admiro que no haya dicho tambien de Dionisio el tirano, que los dioses permitieron fuese arrojado de su reino por Dion y por Heráclides, á causa de su poco respeto á Dion y á Heracles, es decir, á Júpiter y á Hércules.

¡Mas á qué detenerme en Timeo! Esos héroes de la antigüedad, quiero decir, Xenofonte y Platon, discipulos de Sócrates, se descuidan tambien á veces, hasta el extremo de escapárseles en sus escritos cosas bajas y pueriles. Por ejemplo, el primero ha dicho en el libro que escribió de la república de los lacedemonios: *No hablan como si fuesen piedras, ni vuelven los ojos como si fuesen de bronce. En fin, diréis que tienen mas pudor que las partes del ojo, las cuales llamamos en griego vírgenes, [niñas].* A Amphícrates y no á Xenofonte, correspondia llamar á las pupilas, vírgenes vergonzosas. ¡Qué pensamiento! ¡Buen Dios! porque la palabra *coré*, que significa en griego niña ó pupila del ojo, signifique una virgen, querer que todas las niñas signifiquen universalmente vírgenes llenas de pudor, cuando acaso no hay parte de nuestro cuerpo donde brille mas la impudencia que en los ojos! Y por eso Homero para pintar un impudente, dice: *hombre cargado de vino, que tienes en los ojos la impudencia de un perro.* Sin embargo, Timeo no ha podido ver en Xenofonte un pensamiento tan frio, sin reivindicarle, como un robo que le habia hecho este autor. He aquí como aquel se emplea en la vida de Agatocles: ¡No

es cosa bien extraña, que haya robado su misma prima, que acababa de casarse con otro; que la haya, digo, robado la misma mañana de sus bodas? porque ¿quién que hubiese tenido vírgenes en los ojos, y no niñas impúdicas, se hubiera atrevido á cometer semejante atentado?

¿Y que dirémos de Platon, aunque por otra parte divino, que queriendo hablar de aquellas tablas de cipres, donde debian inscribirse las actas públicas, usa de este pensamiento? *Escritas que fueron todas estas cosas, depositaron en los templos estos monumentos de cipres.* Y en otra parte, hablando de los muros, dice: *Por lo que hace á los muros, ó Megilo, soy de la opinion de Sparta, que se los deje dormir en tierra, y no levantarlos.* Otra cosa ridícula, parecida á esta, hay en Herodoto, cuando llama á las mugeres hermosas, *mal de ojos.* Y sin embargo, esto parece en cierto modo disimulable, por razon del passage donde se dice; porque lo dicen bárbaros estando embriagados y en sus tripudios; pero estas personas no hacen excusable la bajeza de la cosa; y por referir una mala expresion, no se debe exponer el escritor á desagradar á toda la posteridad.

CAPITULO IV.

Del origen del estilo frio.

Todas estas afectaciones, tan bajas y pueriles, provienen de una sola causa, que es buscar demasiado la novedad en los pensamientos, manía dominante de los escritores del dia. Porque de la misma parte que viene el bien, viene tambien muy frecuentemente el mal: así vemos que aquello que contribuye mas en ciertas ocasiones á hermosear nuestras obras, lo que forma, digo, la belleza, la grandeza y las gra-

cias de la elocucion, esto mismo en otras ocurrencias es á veces causa de lo contrario, como puede conocerse fácilmente en los *hipérboles* y en esas otras figuras llamadas *plurales*. En efecto, mas adelante harémos ver cuán arriesgado es valerse de ellas. Véamos pues, ahora, cómo podremos evitar estos vicios que á veces se mezclan en el sublime. Lograrémoslo sin duda, si desde luego adquirimos un conocimiento claro del verdadero sublime, y aprendemos á juzgar bien de él, lo cual no es poco difícil; porque al fin el saber juzgar bien de lo fuerte y lo débil de un discurso, no puede ménos de ser efecto de un largo uso, y el mayor fruto, por decirlo así, de un estudio consumado. Mas he aquí, acaso, un atajo para llegar á este fin.

CAPITULO V.

De los medios generales para conocer el sublime.

Es de saber, querido Terenciano, no se puede decir que una cosa tiene algo de grande, cuando es tambien grande el desprecio que de ella se hace. Tales son las riquezas, las dignidades, los honores, los mandos y todos los demas bienes en apariencia, que solo tienen cierto fausto exterior, y jamas pasarán por verdaderos bienes en el concepto del sabio; pues léjos de ello, es no poca ventaja poderlos despreciar. De donde proviene tambien que se admira mucho ménos á los que los poseen, que á aquellos que pudiendo poseerlos, los desprecian por un efecto de grandeza de alma.

El mismo juicio debemos formar en orden á las obras de los poetas y los oradores: quiero decir, que es necesario cuidar mucho de no tomar por

sublime cierta apariencia de grandeza, cimentada por lo comun sobre grandes palabras, reunidas al acaso, que bien examinadas, no son sino un vano follage de palabras, mas digno en efecto de desprecio, que de admiracion; porque todo lo que es verdaderamente sublime tiene esta propiedad, que cuando se le oye, eleva el alma y le hace concebir mas alta opinion de sí misma, llenándola de alegría y de no sé qué noble orgullo, como si ella fuera quien hubiese producido las cosas que no ha hecho mas que oír.

Así que, cuando un hombre sensato y hábil en estas materias nos recitare algun pasage de una obra, si despues de haberle oido muchas veces, no sentimos que nuestra alma se eleva, ni deja en ella una idea que aun sea superior á quanto acabamos de oír; y si al contrario, al examinarle con atencion, hallamos que decae y no se sostiene, que solo hierre al oído, y nada queda de él en el espíritu; nada hay en él grande, pues solo viene á ser un ruido de palabras. La señal infalible del sublime es quando sentimos que un discurso nos deja mucho que pensar, cuando hace desde luego en nosotros un efecto, al cual es difícil, por no decir imposible, resistir, y cuando el recuerdo que nos deja es permanente y casi indeleble. En una palabra, figura te que una cosa es verdaderamente sublime, quando veas que agrada universalmente y en todas sus partes. Porque quando entre un gran número de personas de distinta profesion y edad, y que no tienen entre sí relacion alguna de temperamento ni de inclinaciones, á todas choca algun pasage de un discurso; este juicio y esta aprobacion uniforme de tantos espíritus, tan diferentes y discordes por otra parte, es una prueba cierta é indudable de que hay en él lo que se llama maravilloso, lo sublime.

CAPITULO VI.

De las cinco fuentes de lo grande.

Cinco fuentes hay, por decirlo así, del sublime; mas estas presuponen, como fundamento comun, *la facultad de hablar bien*, sin la cual todo lo demas es nada.

Esto supuesto, la primera y mas considerable es *cierta elevacion de espíritu que nos hace pensar felizmente las cosas*, como lo he demostrado ya en mis comentarios sobre Xenofonte.

La segunda consiste en *lo patético*: entiendo por patético el entusiasmo y vehemencia natural que choca y mueve. Por lo demas, en quanto á las dos primeras, se lo deben casi todo á la naturaleza, y es preciso que nazcan con nosotros, en vez de que las otras en parte penden del arte.

La tercera no es otra cosa que *las figuras manejadas ó giradas de cierto modo*. Estas son de dos maneras: las hay de pensamiento, y de diction.

La cuarta es *la nobleza de expresion*, que tiene dos partes; á saber, la eleccion de palabras, y la diction elegante y figurada.

Por lo que hace á la quinta, que es, hablando con propiedad, la que produce lo grande y reúne en sí todas las demas, es *la composicion y colocacion de las palabras, con toda su magnificencia y dignidad*.

Examinemos ahora lo que hay de notable en cada una de estas especies en particular; pero advirtiendo de paso que Cecilio ha omitido algunas de estas, y entre otras la *del patético*. Y á la verdad, si lo hizo por haber creído que el sublime y el patético no se separaban naturalmente uno de otro, y formaban una sola cosa, se engaña; pues hay pasiones

que nada tienen de grande, ni tampoco de bajo, como la aflicción, el temor, la tristeza; y por el contrario, hay muchas cosas grandes y sublimes donde no entra pasión alguna: tal es, entre otras, lo que Homero dice con tanta osadía, hablando de los Aloides, que por destronar á los dioses

Maquinaban poner el monte Osa
Encima de la cumbre del Olimpo,
y despues sobre el Osa el monte Pelion.

Lo que sigue es todavía mas fuerte:

Y en verdad que lo hubieran conseguido.

Y en la prosa, los panegíricos y todos aquellos discursos que solo se hacen por ostentación, abundan de *grande* y *sublime*, sin que haya por lo comun entre ellos pasión alguna. De suerte, que aun entre los oradores son comunmente ménos aptos para el panegirico los que son mas patéticos; y por el contrario, los mas aptos para el panegirico no saben mover bien las pasiones.

Cecilio pensó que *lo patético* en general no contribuye para *lo grande*, y que por consiguiente era inútil hablar de él: no se engañó ménos en esto. Porque me atrevo á decir, que quizá no hay cosa que mas realce un discurso, que un bello movimiento, una pasión excitada á propósito. En efecto, es como una especie de entusiasmo y de furor noble, que anima la oración, y le da un fuego y vigor divino.

CAPITULO VII.

De la sublimidad en los pensamientos.

Aunque de las cinco partes de que he hablado, la primera y mas considerable (quiero decir, *la elevación natural del espíritu*) sea mas bien un don del

cielo que una cualidad que se puede adquirir; debemos sin embargo nutrir de lo grande nuestro espíritu, en cuanto nos sea posible, y tenerle siempre lleno é inflado, por decirlo así, de cierta altivez noble y generosa.

Si se pregunta ¿qué debe hacerse para conseguir esto? ya he dicho en otra parte, que esta elevación de espíritu es una imagen de la grandeza de alma; y esta es la razón porque nosotros admiramos á veces el solo pensamiento de un hombre, aun cuando no hable, á causa de aquella grandeza de valor que en él vemos; como, por ejemplo, el silencio de Ajax en los infiernos, que se pinta en la Odisea; pues este silencio tiene no sé qué de mas grande que todo cuanto hubiera podido decir.

Así que, la primer cualidad que se debe suponer en un verdadero orador, es que no tenga espíritu mezquino y ratero. Porque en efecto, es imposible que un hombre de sentimientos é inclinaciones serviles pueda producir jamas cosa maravillosa y digna de la posteridad. Verosímilmente solo aquellos que tienen altos y sólidos pensamientos pueden componer discursos elevados, y solo á los grandes hombres se les escapan particularmente dichos extraordinarios. Véase, por ejemplo, lo que respondió Alejandro cuando Dario le ofreció la mitad del Asia y su hija por esposa: *Per lo que á mí hace* (le decía Parmenion) *si yo fuese Alejandro, aceptaria estas ofertas. Y yo tambien* (repuso este príncipe) *las aceptaria si fuese Parmenion.* ¿No es verdad que para dar esta respuesta era necesario ser un Alejandro?

En esta parte es en la que principalmente ha sobresalido Homero, cuyos pensamientos son todos sublimes, como puede verse en la descripción de la diosa Discordia, que dice tiene